

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorente; Bruselas, Mr. Jhon F. Jones; 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher; St-Petersburg, Mr. Rudolf Mosse; Jerusalem, Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

Descaro inaudito

Tiene gracia. "La Tierra" afirma en su fondo de hoy que nunca, jamás, jamás ni injurió.

Suponemos que á los pocos lectores que le van quedando al libelo de las alcantarillas, les habrá pasado lo mismo que á nosotros, al ver como el descaro y la mentira se concretaron en esa esquina del periodismo local.

Primeramente se habrán asombrado un poco. Después se habrán pasado las manos por los ojos ligeramente inquietos. Y luego volviendo la cara con asco, como de cualquier detritus orgánico, habrán puesto una carcajada estridente y sonora, como un comentario al sanfaja y á la procaçidad.

¿Con que "La Tierra" nunca estampó en sus columnas higiénicas, ni una injuria ni una difamación? ¿Pero es que alguna vez las plumas de ese diario, se han mojado en otra cosa que no sea la letrina, y se han movido en otro medio que el pestilente de la cloaca? ¿Es que no está vivo en la memoria de todos, el recuerdo de sus campañas calumniosas contra personas respetables, campañas sin freno, que llegaron hasta la intimidad del hogar, y traspasaron, aún, los misteriosos y románticos umbrales, donde Víctor Hugo más humano, más piadoso, colocaba el ángel con el dedo en los labios? ¿Es que se ha perdido la memoria por completo?

Nosotros que nos hemos quedado un poco estupefactos ante la frescura de "La Tierra", vamos á echar una mirada retrospectiva sobre su colección, y aunque en el manoseo de sus editoriales nos expongamos al contagio, nos extirpizaremos de cuando en cuando contra la virulenta y mantecosa floración de sus gusanos.

En esta labor de pocero que nos hemos impuesto, quizás resucitemos algún muerto ilustre. Tal vez saque mos á la pública estimación personas modestas que también fueron mordidas con rabia. Acaso dibujemos con energicos rayones, casos de anónimos que han sido injuriados, sin que la general despreocupación de las gentes, se haya apercebido de la humilde y sangrante víctima.

Con nuestro propósito, es seguro que refrescaremos, estrujando, llagas antiguas. Hablaremos á muchas gentes de casos familiares, cuyo fraternal recuerdo debieron tener perenne, ya que

la sin razón de la calumnia debió evitar en ellos la anestesia de la indignación. Y quien sabe si por virtud de este desfile de víctimas inmoladas por la pluma despiadada y amoral de un cerebro amarillo podemos hacer, que las gentes, entren con nosotros en la sinuosa psicología del que se quiere erijir en redentor de Cartagena.

Conferencia importante

Madrid 12-9 m.

El embajador de España en París, Pérez Caballero, conferenció hoy detenidamente con el ministro francés Mr. Selves.

A la conferencia se le atribuye gran importancia, pues en ella trataron de la actitud de Francia respecto á España en los asuntos marroquíes.

¿Que no renuncie!

Decíamos ayer que el decoro político demandaba del señor Vaso, la renuncia de un acta de Diputado conseguida merced al apoyo influyente de personajes á cuya filiación política ha dejado de pertenecer; á la protección oficial, de cuya esfera se ha separado ahora; y á la virtualidad de unas ideas de las que ha hecho apostasia. Si don José García Vaso, fuera otro que no él, á bien seguro que no necesitaría ajenas excitaciones para despojarse de una investidura que dignamente no debe ostentar.

Más no lo hará, no; que si para alcanzar un puesto en el Parlamento, no vaciló en escogitar los medios, ni perdonó adulaciones, ni se detuvo ante la humillación que sonroja, ó la ficción que escarnea, lógico es pensar que ahora no habrá de abandonarlo, por motivos de decoro ó delicadeza que no figuran articulados en el Código de su moral política.

Pero bien pensado resulta preferible que continúe con su representación parlamentaria, porque ello será no muy á la larga, la causa de su caída definitiva; que en ciertas alturas más se descubre la mediocridad, y mejor se revela la ineptitud.

Por lo pronto, allá en Madrid, comenzarán á juzgar de su condición despreciable, cuando las Cortes se abran, como abandona los ban-

cos de la mayoría, trasladándose á los de enfrente, sin antes reintegrar una representación que ha dejado de pertenecerle, y "que" por lo tanto usurpa.

Aquí—entre nosotros—ya es cosa distinta, y nada ha de producirnos extrañeza, porque le conocemos en los diversos órdenes de relación de su vida pública. Y si en un año de hegemonía y de permanencia en el poder, le hemos visto incurrir en el mayor de los desprestigios, dejémosle que termine su descenso, sin que pueda escudarse en el pretexto de no haber podido desarrollar su programa y su política.

Siga, siga siendo diputado, que cuando su mandato termine apreciárase mejor su labor enteramente negativa.

Imparcialmente, serena y desapasionadamente juzgamos que el Sr. García Vaso es totalmente incapaz para la dirección de un pueblo. Su hábito, su costumbre, su modo de vida, en todos los aspectos, ha sido la oposición sistemática, la rebeldía, la destrucción. Y ha destruido, ha derribado siempre, pero no ha creado nunca; no ha aprendido, no ha sabido jamás construir, no ha realizado en ocasión alguna, obra afirmativa. Por eso, cuando las riendas del poder local vinieron á sus manos, fracasó y fracasará siempre. Le falta el espíritu de organización y de orden, y es totalmente incapaz para el mando. Dejémosle pues en él, que en su afán demoleedor, acabará por destruirse á sí mismo.

En ese sistema de oposición, tendrá solo á su lado la masa de los eternos descontentos, de los que esperan mejorar su desheredada condición en los azares de una revuelta, los eternos rebeldes que aguardan el día prometido por Malthus, en que cada ciudadano pueda echar una gallina en su puchero.

Pero esas masas que seguirán y aplaudirán siempre al que mejor sepa halagar y explotar sus pasiones, no constituyen un partido, ni siquiera una agrupación inspirada en ideas de bien público, ni representan una fuerza política que pueda demandar para sí la gobernación de un pueblo.

Y tal es en verdad el núcleo de elementos con que hoy cuenta el Sr. Vaso y que han de abandonarle tan pronto como surja en el horizonte otro predicador de mayor rebeldía, otro definidor de más intenso radicalismo. Así camina el Sr. Vaso, sin fijarse en el camino que pisa. Dejémosle, que

día llegará en que resbale en el fango y caiga, y además de caer, quedará manchado y sucio.

Varias noticias

Madrid 12-9 m.

Canalejas ha desmentido en absoluto la noticia publicada por los periódicos extranjeros referente á un nuevo envío de tropas españolas á Marruecos.

A última hora de la tarde el presidente visitó á Moret.

Celebraron una detenida y afectuosa conferencia, relacionada con los asuntos marroquíes.

También conferenció por teléfono con el ministro de jornada García Prieto.

Este dijo á Canalejas que no ocurría novedad alguna.

EL SUPPLICO DE PEPITO

¡Qué triste es la vida, de José Primero: zozobras, vaivenes, sofocos, desvelos, divorcios, desaires, peligros, denuestos, traiciones, mentiras, guasas y sofeos!

Vigilias, ayunos, emboscadas, celos, calumnias, traigines, perfidias, consejos, apodos, arengas, motines, empeños, injurias, embrollos, ingleses y suecos.

Críticas, melindres, delirios, misterios, consultas, oráculos, revueltas, desprecios, cóleras, envidias, caricias, tormentos, meriendas, purgantes, riñas y embelesos.

Al ver tus agallas, te rúmía un coplero: ¡Dios mío, qué cómodos dormirán los muertos!

Feliz Soberano, de sencillo pueblo, ¡án de los ricos, de los pobres dueño. Jefe de los zurdos, señor de los bobos, Señor de los bobos, virrey de los neutros,

salud de los débiles, vigor de los apáticos, luz de los noctámbulos, promesa del ácrata, cariño del plácido, sonrisa del hosco, mentor del humilde,

prez de los cuneros, de los incrédulos, maná de los necios: Delicia del bélico, hirsuta del mendigo, lágrima del tierno, y alma del protervo.

Al pir tus laudes, ¡Dios mío, qué libres descansen los muertos!

Yo te vi rollizo, y hoy te miro enteco: Yo te vi gozoso, y hoy te miro tétrico:

tus ojos se cierran, turbios, soñolientos; te agitas sin brújula, pálido y famélico; tu sonrisa es fúnebre, y es ronco tu acento, tu palabra es tímida, tu mirar siniestro, tu nariz es flácida, tu bigote caposo, tus labios son cárdenos, tu cutis morero, tus chistes son higubres, tus órdenes retos, tus suspiros lánguidos, tus sollozos trémulos, tus párpados húmedos, rígidos tus pelos, tus cejas hirsutas, y azogue tu cuerpo.

Padeces insomnios, cefalalgia, vértigos, vahidos, sudores, nauseas y mareos. Sufres porque anoche te dijo un barbero: ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

No gires, no dances, manojo de nervios: de zarzaparrilla, tómate refresco, bebe malvasico, ó cacha ó crémor, yerba de la sangre, ú horta del tiempo, Si la nuez te pica, consulta á tu médico:

¡Te metes la mano, del bolsillo dentro? ¡Haces varios guinos, sacas el pañuelo, el sudor te enjugas, alargas el cuello, la bilis escupes, te limpias los bellos, te arañas la cara, te burgas el cabello? ¿Qué te pasa, oh gloria de los leguleyos? ¿Resucita Apolí? ¿vuelve el farmacéutico? ¿Al fin nos lo encajan? ¡si no lo queremos! ¡que se vaya al Pol. que se escape á Méjico! ¡que cargue el diablo con ese esperpento! Señor, tu eres justo; señor tu eres bueno; yo soy un infame; yo soy un perverso; mi culpa es enorme, mas yo no merezco castigo tan fuerte, penal tan horrendo. ¡Ten misericordia de los forasteros! No dejes que tornen los peri patéticos, los lame vasijas los sopla-banqueros. ¡Dios mío, ni en broma, levantes los muertos!

X. Y. Z.

atormentando su ticornio con sus gruesos dedos espalillados. Después recibiendo un poco de calma:

—Yo... Yo... To no sé más que M. de Talleyrand—musitó.—El emperador nos ha dejado hace dos ó tres minutos.

—¿Por qué puerta salió? Berthier se desconcertó por completo.

—Pero Vuestra Majestad, yo... yo no puedo... no debo... ¡Me es imposible responderos! Entonces la emperatriz se miró.

—¡Gran Dios! ¿Iba á interrogarme también... Esta idea me heló. Pero apenas habla terido tiempo de decir una pequeña oración á San Ignacio, patón perpetuo de mi familia, cuando todo peligro se había alejado.

—Venid, madameiselle de Remusat. Puesto que estos señores no quieren ayudarnos nos quedaremos sin ellos.

Se dirigió hacia la cortina que era vigilada por Constant, seguida á distancia por su dama de honor cuyo gesto apenado y el peso huido denotaban muy poco entusiasmo para prestarse á los deseos de la emperatriz. Había oído en Sahford de las infidelidad de Napoleón y de los escándalos á que daba lugar. El emperador con su orgullo y su desprecio de la opinión, publicaba únicamente sus

bre la infidelidad de su esposo; pero éste se exaltaba más. Llegó, en uno de sus transportes, á arrojar al suelo su tabaquera de nácar y á aplastarla con el pie como un niño mimado rompe sus juguetes.

—¡La moral!—rugió con una voz ronca. ¡La moral me conviene á mí tanto como yo le convengo á ella!... Os he dicho y, que soy un déer aparte, que las leyes que sujetan á los otros hombres no están hechas para mí, y que los principios absurdos, con los que se guía á los imbéciles, no sirven más que de estorbo al genio... ¡Nunca conformo mi conducta á las reglas de una sociedad idiota y pueril!

—Pero ¿no tenéis sentimientos de providad, de honor?—suplicó la emperatriz.

—Los grandes hombres no tienen sentimientos. Deciden una cosa y la hacen, sin que nadie tenga derecho de elevar una objeción. Vos, Josefina, vos deberíais ser la primera en someteros á mis fantasías... Es vuestra papel.

Cuando Napoleón obraba así, daba un saego nuevo á la conversación. To uaba la ofensiva antes que su adversario; hubiera tenido tiempo de aprovecharse de sus ventajas. Tenía el instinto de ataque lo mismo en la guerra que en la discusión.

como el mugido de un chacal, y enseguida la emperatriz salía perseguida por Napoleón. En su atolondramiento corrió hacia la chimenea, donde madame de Remusat la había ya precedido. Las dos se parapetaron tras los sillones que acababan de dejar, mientras que el emperador gesticulaba vomitando torrentes de blasfemias.

—¡Vos, Constant, vos!—gritaba. ¡He aquí cómo me servís!... ¡No tenéis juicio!... Y yo, ¿hoy me condenado á sufrir el espionaje eterno de mi mujer?... Todo el mundo es libre en Francia excepto el emperador... ¡Ah! Josefina. Hemos terminado definitivamente. Ayer aún dudaba de repudiarnos. Hoy, mi resolución está tomada.

Todos los que así famos á esta pacena hubiéramos dado algo por meternos en su agüero. En cuanto al emperador, nuestra presencia le era igual á la de los muebles. Era su costumbre maltratar en público á sus oficiales, á sus ministros, á su secretario, y aun á su mujer.

Josefina, incapaz de contestar á aquel torrente de reproches, llevaba con las manos en la cara y el hermoso cuello inclinado sobre las rodillas. Madame de Remusat lloraba también; y cuando por casualidad el emperador callaba, se oían el ruido ahogado de sus sollozos y sus quejas. A veces, la emperatriz arrojaba una tímida observación so-